

Las mujeres sentadas á la mesa eran tantas como los hombres, y estoy seguro de no haberme equivocado al calcular que cada pareja de distinto sexo representaba una casería.

XXX.

AMOS É INQUILINOS.

La mesa era de forma oblonga y tan grande, que aún quedaba sobranete y desnuda una buena parte de ella, correspondiente al lado de la cocina. Allí se habian sentado doña Mari-Santa y D. Juan, como presidiéndola.

Casi todos los campesinos de Vizcaya hablan con más ó ménos perfeccion y facilidad la lengua castellana, aunque, ménos los de la parte occidental donde nació, usan habitualmente la materna vascongada, que no por no ser la que aprendí de los labios maternos, he de dejar de reconocer que es más expresiva y apta para comunicar los afectos tiernos que la castellana, por muy rica y expresiva que ésta sea, y por mucho que nos enamore en el concepto de lengua de nuestros padres, y nuestra infancia, y nuestro hogar, y nuestra compañera, y nuestros hijos, y nuestros héroes, y nuestros sabios, y nuestros santos.

De aquella dulce y expresiva lengua euscara se servian doña Mari-Santa y su esposo para conversar con sus inquilinos. Felizmente yo la entendia, aunque no la hablase, porque así que razoné con alguna madurez é in-

teligencia de la historia patria, me apliqué á estudiarla, diciéndome: «Yo debo saber siquiera elementalmente una lengua que hablaron mis antepasados, que ha dejado innumerables rastros de su general dominio en la nomenclatura geográfica española, desde el cabo de San Vicente al de Creus, y desde el Estrecho de Gibraltar al golfo de Vizcaya, que es curiosísima, tanto por su antigüedad, como por no tener conexión con ninguna lengua conocida, y que, conservada en este rincón de la Península á través de veinte siglos de invasiones y dominaciones extranjeras en el resto de este *labio*, de este *borde*, de este *límite* ó *extremo* (como significa en la misma lengua el nombre de España) del mundo conocido por los antiguos, es testimonio vivo é irrecusable del valor, del patriotismo y del amor á su libertad del pueblo vasco-cántabro á que pertenezco.»

¡Con qué solicitud verdaderamente maternal atendian Mari-Santa y D. Juan, y muy particularmente la primera, al regalo de todos sus comensales, y con qué interés y cariño preguntaban á cada uno de ellos qué familia tenía, cuáles eran el nombre y las cualidades de sus hijos, cuál el estado de los ancianos de la casa, cuál el de sus campos, cuáles sus ganados, cuáles sus dichas, cuáles sus desgracias, cuáles sus esperanzas y cuáles sus temores para lo por venir!

Muchas veces vi llorar de alegría ó de dolor á doña Mari-Santa, oyendo el relato de un suceso próspero ó adverso.

La comida fué alegre y animada, y á mí me ofreció ocasión de recoger de boca de los aldeanos hermosos ras-

gos de ingenio y gracia y sentimiento popular con que amenizar mis humildes libros, que sin este atractivo se caerían de las manos.

La comida habia terminado.

— Señora ama, dijo el más viejo de los aldeanos, tenga V. la bondad de dar gracias á Dios por el alimento que nos ha concedido, que la tarde se va pronto, y todos vivimos allá donde Cristo dió las tres voces.

En efecto, la señora dirigió la oracion de gracias pedida por los aldeanos, y que de sobremesa nunca se omitia en aquella casa, donde la piedad era amada y profesada, y la mojigatería aborrecida y proscripta. Hay un hermoso y tierno cuadro del pintor vascongado D. Antonio de Lecuona, que representa la bendicion de la mesa en un humilde hogar de los hermosos valles nativos del artista y del escritor que al artista recuerda con cariño de hermano. ¡Quién creará al ver aquel cuadro, que ofrece el tipo real de la familia vasco-cántabra, que hay plumas que retratan á aquella familia como compuesta de fanáticos salvajes, refractarios á toda cultura y desnudos de toda virtud!

Terminada la accion de gracias á Dios, y sin olvidar la accion de gracias á sus bondadosos señores, ó más bien protectores, aldeanos y aldeanas se levantaron y se dispusieron á ir entregando á D. Juan la renta de la casa.

Don Juan hizo ademan de levantarse, para pasar al despacho con ellos; pero doña Mari-Santa le detuvo en su silla, diciéndole con aquella dulce sonrisa que le era habitual y enamoraba á todos, y más que á todos á su marido.

— No, no te levantes, Juan, que bien estamos aquí todos.

Y añadió dirigiéndose á los aldeanos, con la misma bondadosa y jovial sonrisa:

— Dice el refran, que donde hay patron no manda marinero; pero el refran no reza con el barco en que nos hallamos, porque el patron, que es mi marido, gusta de compartir el mando con el marinero, que soy yo.

— ¡Dios lleve patron y marinero con toda felicidad al puerto más seguro, que es el cielo! exclamó el aldeano más viejo, con asentimiento de todos sus compañeros y compañeras.

Doña Mari-Santa, que solia decir, aunque era modelo de bondad y de indulgencia para con las criadas, «ninguna criada me sirve tan á mi gusto como una que va siempre conmigo, y entiende con mi propio entendimiento y se maneja con mis propias manos», corrió al despacho de su marido y trajo tintero y el libro en que su marido y su hijo llevaban las cuentas de las caserías.

Fáltame espacio y habilidad para describir minuciosamente la escena que entónces presencié, y tengo que limitarme á reproducir algunos de sus episodios.

— Cuento V., señor amo, á ver si están ahí los cincuenta ducados de Aguirre-goicoa.

— Sí, Fraisco, están justos.

— Oye, Juan, ya que el pobre Fraisco ha tenido este año la desgracia de que se le desnuque la pareja, rebájale algo de la renta para ayuda de la compra de otra.

— Tienes razon, mujer. ¿Te parece que le rebajemos la mitad?

— Bien me parece, Juan, pero..... mira, á nosotros, gracias á Dios, no nos hace falta la otra mitad.

— ¡Esta pícara de mujer nos va á echar por puertas! dice D. Juan sonriendo, y devuelve á Fraisco los cincuenta ducados.

Fraisco y su mujer Mari-Pepa, con los ojos llenos de lágrimas, llaman todas las bendiciones del cielo sobre sus amos, y quieren besar la mano de *andria* (la señora), que necesita ponerse seria para reprimir aquella explosión de agradecimiento.

— Señor amo, la renta de Mendicoeche creo que son sesenta ducados. Vea V. si es eso lo que hay en ese papel.

— Está bien, Ignacio.

— Oye, Juan, á Ignacio se le casa Marichu, la chica mayor, que es tan buena muchacha, y algun regalillo la hemos de hacer nosotros.

— Es verdad.

— Anda, envíale media onza para ayuda del arreo.

— Toma, Mari-Juana, y dile á Marichu que ese es regalito de *andria*.

Mari-Juana é Ignacio, su marido, no se quedan cortos en *cumplir* en nombre propio y el de su hija.

— Señor amo, mal andamos por Cearrotza, porque como allí la tierra es tan fria, por más que uno encale y embasure las piezas para calentarlas, no se coge cerveza para medio año.

— Verdad es, Anton; pero tambien tienes la renta muy baja. Ya ves, cuarenta ducados....

— Sí, señor amo, pero mucha familia chiquita tenemos.....

— Anda, Juan, déjale al pobre Anton la renta en treinta ducados.

— Bien, eso pagará el año que viene.

— ¿Y qué más nos da que lo pague este?

— Vamos, mujer, será lo que tú quieras.

— ¡Gracias, señores amos! Por vida de..... A la señora ama en un altar la debían poner!

Si para muestra basta un boton, mejor bastarán estos tres para muestra de las conversaciones que oí durante la entrega de la renta.

Terminada esta operacion, Mari-Santa, acompañada de la dueña se dedicó á otra.

En la sala de paso estaban vacías las cestas en que aldeanas y aldeanos habían traído los regalos de costumbre, y Mari-Santa é Ignacia, con presencia y aquiescencia de D. Juan, procedieron á la distribucion de aquellos con que los amos correspondían á los de los inquilinos.

Formaba parte principal de cada regalo la media arroba de bacalao para la ceba de *Gabon*, fiesta en que es indispensable en toda casería la fuente de bacalao con *inchúur-salsa* (salsa de nueces), y la parte secundaria se componía de dulces y licores, principalmente destinados los primeros á hacer saltar de alegría á los chicos, y los segundos á regocijar y encandilar los apagados ojos de los viejos.

No se regocijaban y encandilaban ya poco los aldeanos y aldeanas presentes al ver á *andria* llenarles las cestas con aquellos regalos.

— ¡Adónde va V. á parar, señora ama, con tantas co-

sas! exclamaban, supongo maliciosamente que por puro cumplimiento, y doña Mari-Santa, que hablaba á cada cual el lenguaje que mejor entendia, justificaba su proceder con los refranes de «A quien te da el capon, dale la pierna y alon»; «Al que te trae la vaquilla, devuélvele la soguilla»; «El que no agradece, al diablo se parece»; «Al que toma y no da, el diablo le llevará», y otros evangelios chiquitos, así castellanos como vascogados, más ó ménos adecuados á las circunstancias.

Con esto, con distribuir doña Mari-Santa las ropas y los juguetes que Teresita desdeñaba ó miraba con indiferencia entre las aldeanas que tenian familia menuda y con consultar á D. Juan los aldeanos que tenian litigios pendientes, y aconsejarles D. Juan lo que debian hacer y prometerles su eficaz ayuda, llegó la hora de vámonos, y aldeanos y aldeanas emprendieron la vuelta á la aldea, llevando cada cual dentro del cuerpo un tamboril.

Poco despues sonaban las dos. Doña Mari-Santa, que verdaderamente estaba en sus glorias aquel dia, nos dió la órden, dulcemente imperativa, de pasar al comedor, y nos sentamos á la mesa bajo la presidencia de la misma señora, pues el Sr. D. Francisco declinó obstinadamente aquella honra, y empleó su autoridad en hacérsela aceptar á doña Mari-Santa.

Pero para doña Mari-Santa no habia dicha cumplida en la tierra, porque si no habia dia en que tuviese que llorar males propios, tampoco le habia en que no tuviese que llorar males ajenos.

Despues de comer conversábamos todos alegremente tomando café en el despacho de Leandro, cuando le anun-

ciaron que Juana la de Inchaurre deseaba hablar con ella, y se apresuró á salir á recibirla.

Poco despues volvió al despacho llorando sin consuelo.

—¡Ya pareció aquello! exclamó D. Juan con sobresalto, de que participábamos todos.

Era que á Juana le ocurría una desgracia, muy grande para una buena madre, y habia acudido al paño de lágrimas de doña Mari-Santa para ver de enjugar las suyas.

¡Severino, su hijo mayor, estaba preso y acusado de hurto!

Era el caso que, yendo con otros jóvenes amigos suyos á la romería de San Miguel de Zalla, habian ocultado por broma un baulito á un sujeto que gustaba de darlas y no de recibirlas, y con motivo de haberlos acusado de hurto aquel sujeto, se les habia formado causa en el juzgado de Balmaseda, se habia dado auto de prision contra los procesados algunas semanas despues, y, por último, Severino habia sido condenado á un año de presidio correccional en Búrgos!

XXXI.

LA MADRE DE UN PRESIDARIO.

Pasé buena parte del año 1863 tratando con frecuencia á la familia de Gorostiza y dando alguno que otro paseo á las laderas de Goyerri con Francisco y Leandro.